

El que tenga cola de zacate, que no se acerque a la lumbre

Domingo 33 ordinario 2013, 17 de noviembre

Un año más de vida es un año en que nos acercamos al corazón de nuestro Dios, pues hemos corrido la aventura de la fe y hemos gozado de la predilección del Señor que ha caminado con nosotros sin despegarse un solo instante. Y vuelven los miedos intelectuales del fin del mundo y de la destrucción del templo de Jerusalén. Para los judíos, el templo era la máxima confianza de que Dios permanecería siempre al frente de su pueblo, pero lo que ellos no imaginaban era que la salvación para la humanidad no podría estar confinada a los muros de un templo por muy antiguo y majestuoso que pareciera. Por eso les causa tanta inquietud a las gentes cuando Cristo se toma la libertad de anunciarles que de aquella construcción de la que tanto se galardonaban, no quedaría piedra sobre piedra. De eso a la pregunta sobre el fin del mundo ya no habría sino un solo paso, y Cristo en este sentido quiso ser voluntariamente hermético: "eso no lo sé yo, sólo mi Padre". Pero somos tan vanidosos que nosotros sí nos damos el lujo de pronosticar cuándo será ese fin del mundo que angustia a las gentes. Es muy común que algunas gentes toquen a la puerta de los católicos, anunciado con bombo y platillo el fin del mundo conocido, aunque ni ellos mismos se lo crean, pues de otra manera estarían preparando el encuentro definitivo con el Señor. El verdadero cristiano no se angustia por el final, porque sabe que su vida transcurre en la presencia del Señor, que va guiando sus pasos, sin menguar la libertad que el mismo Dios nos ha concedido, de manera que en muchas ocasiones, yo mejor diría que siempre, el cristiano tiene que navegar a la aventura, valiéndose de sus propios medios, pues para eso nos dio el Señor la inteligencia y la voluntad, consagró nuestra libertad, y nos dio como sobreabundancia de su amor, la presencia del Espíritu Santo, pero no para brindar una protección que nos haría ser como marionetas dirigidas por hilos invisibles. Esa sería una muy pobre protección del Dios de los cielos, que en cambio nos ha dado a su Hijo Jesucristo, el que manejó también su vida en medio de una profunda libertad para poder obrar la salvación de todos los hombres con esa entrega netamente voluntaria de su vida en lo alto de la cruz.

Pero si podemos estar seguros de la protección del Señor nuestro Dios, entonces la actitud del cristiano tiene que ser un compromiso fuerte, eficaz e inteligente para dejar huella de su paso por este mundo. El verdadero cristiano no puede ser un "zacatón", alguien que huya de sus responsabilidades terrenas. Eso iría contra toda lógica cristiana, pues Cristo vivió entregado a aquellos a los que él había sido enviado. De la misma

manera el creyente no puede poner de pretexto que va de camino, que va rumbo al cielo, y que por lo tanto, los asuntos de los hombres lo tienen sin cuidado. Eso dejaría a los creyentes fuera de la jugada, y entonces sí serían apátridas, gente sin arraigo, sin principio ni final, algo sin nombre. El verdadero cristiano tiene que estar vivamente comprometido con los destinos de los hombres y apelo a las muchas páginas del Concilio Vaticano II, y en ésta ocasión, a esa palabra fuerte a todas luces de San Pablo: "El que no quiera trabajar que no coma, pues he sabido que algunos de ustedes viven como holgazanes, sin hacer nada y además entrometiéndose en todo.

Tenemos que volver al mensaje de Cristo, que si bien habla de persecuciones y desdichas por su causa y por el Evangelio, también habla de una recompensa grande y de una seguridad sin límites, pues "si se mantienen fieles, conseguirán la vida, pues ni un cabello de su cabeza perecerá",

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en alberami@prodigy.net.mx